



Concurso de CUENTOS INFANTILES

Vamos a morir todos



Rocío Stevenson Muñoz

Texto ganador de 2022

Marcos ha dicho hoy en el patio que vamos a morir todos.

Lo ha soltado así, de pronto, mientras decidíamos cómo dividirnos en dos equipos para jugar al fútbol. No nos poníamos de acuerdo en si nombrar a Bea y Luis de capitanes o a Julia y Tommy porque los cuatro son muy buenos, pero

Bea siempre elige a los mismos (o sea, a los mejores) y Tommy solo escoge a los chicos, que es una cosa súper machista.

Así que ahí estábamos, discutiendo a voces y de lo más animados, cuando lo ha dicho:

—Vamos a morir todos.

Nos lo hemos quedado mirando con los ojos abiertos, mudos, pero

solo ha sido un momento porque, después, hemos empezado a hablar todos a la vez y a hacerle una barbaridad de preguntas.

—Eres un bocas —le ha espetado Javi con un resoplido.

Javi siempre está igual. Que si eres un bocas por aquí, que si eres un bocas por allá y la verdad es que la mayor parte del tiempo el bocas es él. Como ayer, que estábamos tranquilamente mi mejor amiga Sara y yo hablando en clase de mates sobre el concurso de cocina ese que echan por la tele y tuvo que meterse en nuestra conversación para decirnos lo malo que era el programa y que si era mejor no sé qué serie que echan en la plataforma no sé cuántos y que él ya se ha visto cuatro veces.

—¿Por qué nos vamos a morir, Marcos?

María tenía una cara de susto que ni cuando nos ponemos a contar historias de fantasmas.

—¡Que no nos vamos a morir, bobos! Que Marcos es un bocas y ya está. Y duro y dale.

Ha sido entonces cuando nos lo ha explicado todo.

—Lo ha dicho mi padre, que sabe un montón de cosas. Dice que con la luz, que está por las nubes, la gasolina, que está aún peor, y la «inflamación», los españoles nos vamos a morir cualquier día de estos. Lo ha dicho así, tal cual.

—Pero, ¿todos a la vez? ¿De golpe? —he preguntado yo.

—Yo no tengo ninguna inflamación. Creo. —María ha empezado a sacudirse las piernas y los brazos como si estuvieran llenos de hormigas y yo no lo he hecho, pero lo cierto es que me han dado ganas.

—Yo tampoco tengo inflamaciones—he dicho yo. Y era así. No tenía



ni un poco de dolor de garganta ni de nada.

—Pues dice mi padre que la inflamación la sufrimos todos, así que igual es que aún no la notamos y aparece en unos días —ha sentenciado Marcos.

Eso sí nos ha dejado preocupados de verdad.

Yo ya sabía que te puedes morir si te muerde un zombi, aunque no tengo muy claro si cuando lo hace te mueres mueres o solo te medio mueres, porque te sigues moviendo de aquí para allá y sigues teniendo hambre, y eso, que yo sepa, les pasa solo a los vivos. También te puedes morir si estás en la playa y te lleva una ola gigante (esto lo sé porque cuando vamos a Cádiz en verano, mi madre Lucía lo repite todo el rato). De lo que no tenía ni idea era de que te puedes morir por una inflamación y tampoco de que la inflamación tenga algo

que ver con la luz y la gasolina y que solo afecte a los españoles.

Al llegar a casa, les he preguntado a mis mamás si eso de la inflamación es cierto y cuánto tiempo de vida nos queda.

Las dos se partían de la risa cuando les he insistido en que el padre de Marcos sabe un montón de cosas, aunque él sea un bocas y Javi un pesado.

—Ay, hija —ha dicho mamá Alicia entre risas—. Tú tranquila, que no te vas a morir porque suban los precios.

Ella puede decir lo que quiera, pero cuando me he puesto a buscar en internet si uno se puede morir de inflamación, ha saltado el control parental y no he podido ni ver los resultados, así que está claro que sí, que uno se puede morir de inflamación y, si es español, todavía más y que todo



tiene que ver con la luz y la gasolina.

Por la noche, he empezado a sentirme mal y me he acordado de mi hámster y de cómo, antes de morirse, dejó de hacer las cosas que tanto le gustaban, como intentar comerse las cortinas o dar vueltas y más vueltas en la noria que le compramos en la tienda de mascotas de la esquina.

—¿Tú crees que Lola tenía una inflamación? —he preguntado a mis mamás.

Ellas me han dirigido una mirada rara, como si tuviera fiebre y estuviera diciendo tonterías, lo que solo ha servido para que me preocupara aún más, porque a lo mejor esos son los primeros síntomas de la inflamación española y estoy ya a punto de morirme.

—Lola era viejita, Lara.

—¡Pero si solo la tuvimos un año! —he protestado.

—Claro, pero es que los hámsteres viven muy poco tiempo.

—¿Cómo de poco?

—Poquísimo.

—¿Y los españoles?

A las dos les ha vuelto a entrar un ataque de risa, pero yo no le veía la gracia y cuando me han visto tan seria, han cruzado una de esas miradas que a veces cruzan y que yo nunca entiendo. Mamá Alicia me ha agarrado de la mano para que me levantara y las tres juntas nos hemos dirigido al jardín de detrás de la casa.

Cuando me quieren hablar de cosas importantes, mis madres siempre me llevan allí, como si la brisa que mueve las hojas de los árboles les sir-

viera de ayuda para encontrar las palabras que no les salen entre cuatro paredes.

Tumbadas sobre la hierba, las tres nos hemos quedado un buen rato mirando el cielo cuajado de estrellas, hasta que mamá Lucía ha roto el silencio.

—Mira, Lara, es verdad que todos moriremos en algún momento.

—Por una inflamación —he dicho, convencida.

Las dos han negado con la cabeza, aunque en esta ocasión no se han reído, lo que ya es un avance.

—Yo creo que el padre de Marcos se refería a la inflación y no a una inflamación,

¿no crees, Alicia? —Mamá Lucía ha alzado las dos cejas y luego ha puesto mi mano en su regazo—. Y es cierto que la inflación es mala, malísima, pero no creo que todos nos vayamos a morir por eso.

A mí aquello no me ha convencido ni un poco.

—Pero si acabas de decir que todos nos moriremos en algún momento.

Ha sido mamá Alicia la que ha tomado el relevo. A veces hacen eso. Una empieza, no sabe cómo seguir y entonces habla la otra, como si fueran siamesas.

—Sí, cariño, pero no sabemos cuándo ocurrirá ni cómo. Puede que sea mañana o puede que sea dentro de muchos años.

Yo no tengo mucha experiencia en eso de morirse, pero sí sé que cuando se muere alguien, la gente llora y se pone súper triste.

—No tengo ninguna gana de morirme —les he dicho en un susurro.

—Claro que no, hija. Ni nosotras tampoco. Por eso tenemos que aprovechar el tiempo al máximo y disfrutar mucho mucho de la vida.

—¿Y eso cómo se hace?

—Pues haciendo lo que más te gusta —ha dicho mamá Lucía.

Me he quedado un rato largo pensando en lo que más me gusta, que son un montón de cosas como salir por la urbanización con el patín o la bici, hablar de programas con

Sara, jugar al fútbol con los compañeros de clase (mejor si Bea y Tommy no son capitanes, porque entonces nunca me eligen), saltar olas con mis mamás en el mar o apagar todas las luces de la casa y jugar a Tinieblas.

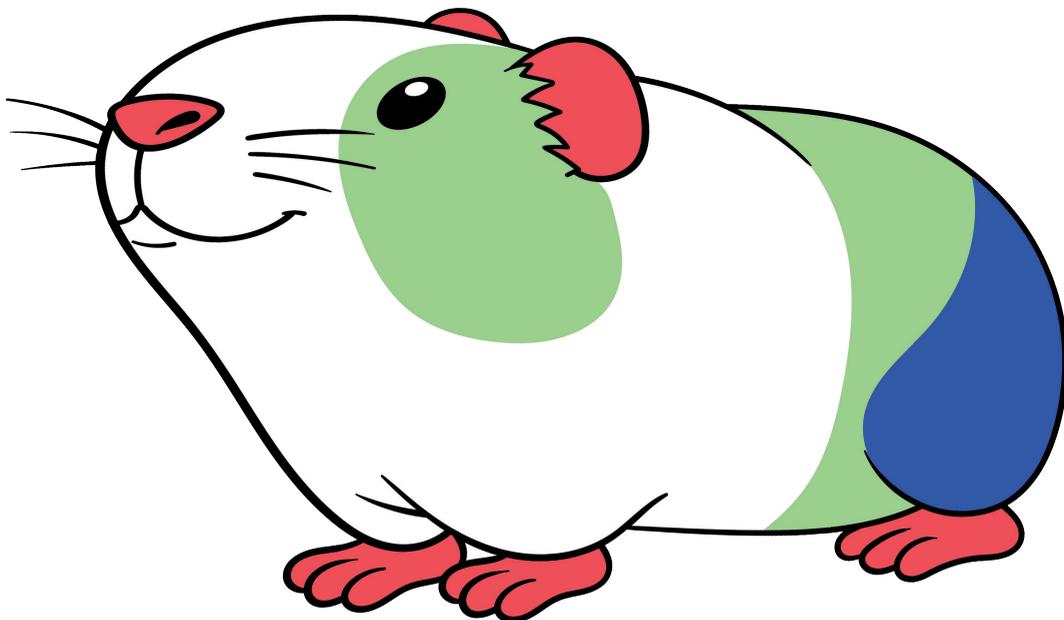
—Y con las personas que te quieren —ha añadido mamá Alicia.

De esas tengo a cientos. Están Sara y Marcos y Julia y Roberto y Sonia y

Sofía. Javi no, que es un pesado. También están mis mamás, claro, y el vecino de al lado, que está un poco viejo y lo mismo se muere cualquier día pero que siempre me saluda desde detrás de la cerca de su casa y la abuela Tina, a la que veo muy poco, pero que cuando viene desde Alemania es toda sonrisas y caramelos. Y está el perro de Toño, que no es persona pero me quiere igual, porque siempre mueve la cola como un loco y me chupetea la cara cuando me acerco a hacerle monerías.

—Entonces, si hago todas las cosas que me gustan con la gente que me quiere, ¿no me moriré de inflamación?

—De inflamación, seguro que no. —Mamá Alicia ha sonreído y mamá Lucía ha contenido una risita a duras penas. Yo no le veo el chiste, la verdad—. Con un poco de suerte, pasarán muchos muchos años hasta que



nos llegue la hora. Y, cuando llegue, podremos despedirnos sabiendo que todo esto —Mamá Alicia ha hecho un círculo alrededor—, ha merecido la pena.



No sé si con el círculo se refería a la urbanización o a nuestra casa, pero a mí me vale.

Así que al día siguiente, al llegar al colegio, lo primero que he hecho ha sido buscar a Marcos, que estaba en un rincón del patio él solo y parecía bastante triste.

—Hola, Marcos.

—Hola, Lara.

—¿Sabes qué? —le he dicho—. He estado hablando con mis mamás y me han dicho que lo más seguro es que no nos muramos de inflamación.

Él me ha mirado de reojo, sin creérselo mucho.

—Ya, pero si sigue así la gasolina y la luz...

—Aun así. Dicen que es verdad que nos moriremos y que igual es mañana o igual no, pero que de inflamación fijo que no va a ser, y que si hacemos lo que nos gusta con las personas que nos quieren, esto habrá merecido la pena.

—¿Y qué es esto? —ha preguntado frunciendo el ceño.

—Eso ya no lo tengo muy claro. La urbanización o la casa. Pero da igual. El caso es que no tienes que preocuparte, porque de inflamación no nos vamos a morir.

Y por fin ha sonreído.

—Vale —ha dicho—. Entonces, ¿jugamos a un escondite?

Los dos hemos ido corriendo a buscar al resto de los compañeros y en un pispás nos hemos organizado para ver quién que es el que la liga, que ha sido Javi, claro, porque es un pesado.